

Vigésimo cuarto Domingo. Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre Mc 8,27-35

Camino de Jerusalén, Jesús dedica el tiempo para intimar con sus seguidores, descubriéndoles, poco a poco, la razón de su viaje, el sentido de su *aventura personal*. Para quedarse más a solas con ellos, al inicio de este viaje, se los lleva fuera de los confines de Galilea (Mc 8,27). Allí están sólo con él. No podrán evitar el tener que tomar, solos, postura frente a él. El viaje de Jesús comienza con un examen del discípulo. Lo que piensen los demás, será para él lo de menos (Mc 8,28). Es, en realidad, la excusa para que los suyos se pronuncien sin tanto miedo. Pero no por ser pedagógico, es menos imperioso. Con un "Y vosotros, ¿qué?" (Mc 8,29) va a iniciarse un largo viaje con Jesús como compañero y como meta.

La confesión de Pedro está provocada, pues, por la pregunta de Jesús: es una fe iniciada, arrancada, por iniciativa de Jesús. De no haber sido afrontado, quién sabe si se hubiera atrevido a ser creyente. Pero no basta con serlo. Sólo quien sabe *quién* es Jesús, podrá conocer *cómo* lo va a ser. La fe publicada, por más ortodoxa que sea, no es lo definitivo: además de confesar lo que es Jesús, hay que dejar que lo sea como debe. Y lo malo es que ser buen creyente (Mc 8, 30) no aleja, sin más, el peligro de convertirse en un buen demonio. Todo depende si se acepta el proyecto de Dios (Mc 8,33).

En aquel tiempo, ²⁷Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Felipe; por el camino, preguntó a sus discípulos:

«¿Quién dice la gente que soy yo?»

²⁸Ellos le contestaron:

«Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, uno de los profetas.»

²⁹El les preguntó:

«Y vosotros, ¿quién decís que soy?»

Pedro le contestó:

«Tú eres el Mesías.»

³⁰El les prohibió terminantemente decírselo a nadie.

³¹Y empezó a instruirlos:

«El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días.»

³²Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. ³³Jesús se volvió y, de cara a los discípulos, increpó a Pedro:

«¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!»

³⁴Después llamó a la gente y a sus discípulos, y les dijo:

«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.

³⁵Mirad, el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

La escena, una conversación de Jesús con sus discípulos, presenta tres partes bien diferenciadas. Tras una *breve localización* (Mc 8,27a), Jesús abre un diálogo que se cierra con la confesión de Pedro y la orden de silencio (Mc 8,27b-30). La *doble pregunta* de Jesús (Mc 8,29) centra la conversación en su persona: es significativo que, en la primera respuesta, el grupo se haga portavoz de la opinión de la gente, mientras que, en la segunda, Pedro lo sea del grupo. Aunque sea sólo Pedro quien acierta en la confesión, todos han de guardar silencio (Mc 8,30).

A la profesión de fe mesiánica de los suyos, responde Jesús enseñándoles, por vez primera, *el camino del hijo del hombre* (Mc 8,31-32a), un auténtico *vía crucis*. Pocas veces ha hablado Jesús en público con tanta claridad, anota el redactor; lo cual hace así más comprensible *la reacción de Pedro* (Mc 8,32b-33). Jesús no puede permitir ni una resistencia a su destino; recrimina a Pedro, pública y severamente, con el peor de los epítetos que Jesús utiliza en todo el evangelio; y es que oponerse al destino de Jesús es oponerse a Dios.

Al anuncio, el primero, de Jesús de su próxima muerte (Mc 8,31-32a), Pedro ha reaccionado negándose a aceptarlo (Mc 8,32b). Y Jesús reniega, a su vez, del discípulo que de creyente se le ha convertido en tentador (Mc 8,33). La desautorización de primer confesor es tajante y pública, ante los demás discípulos. Porque oponerse al destino de Jesús, querido por Dios, no es asunto privado. Pública va a ser también *la catequesis sobre el seguimiento de Jesús* (Mc 8,34), y sin paños calientes: la cruz es inevitable. No sólo para Cristo, lo será también para quien con él conviva. Quien le sigue desde un principio debe seguirle hasta el final: *sin pasión no habido Cristo, ni habrá tampoco cristianos*.

De forma inesperada, sin saber de dónde viene, aparece la muchedumbre que se une a los discípulos (Mc 8,27). El narrador quiere que Jesús amplíe el grupo de oyentes de su doctrina sobre la cruz (Mc 8,34a); ensancha, pues, el auditorio, cuando va a agrandar las exigencias. Aunque la enseñanza de Jesús se centre en el seguimiento y sus con-

secuencias, la audiencia no se restringe a los discípulos. La gente no debe ignorar cuánto cuesta seguirle; pero del discípulo se esperará que estuviera mejor dispuesto, por más preparado. Pues para que no le siga a ciegas (Mc 8,34b), Jesús ya le ha adelantado el final (Mc 8,32).

No obstante, cuando se trata de cruz, la oportunidad del seguimiento alcanza a todos sin distinción. Jesús proclama públicamente *las condiciones para ser su discípulo*: cualquier puede serlo, siempre que asuma las exigencias. Que haya congregado a su alrededor una muchedumbre debe servir de advertencia para seguidores demasiado confiados. Convivir con él no basta, ni caminar tras él, ni misionar en su nombre y con su autoridad, como hasta ahora. Si quienes comparten vida y fatigas no están dispuestos a compartir su final, no son dignos de seguirle. *La condición es nueva y el seguimiento, ahora, optativo*. Coger la cruz y seguirle no será exclusivo de sus discípulos, sino de quien se declare listo. Quien no esté dispuesto a pagar el precio, no será discípulo por mucho que se empeñe en seguirle.

II. MEDITAR: *aplicar lo que dice el texto a la vida*

La confesión de Pedro señala un momento clave en la vida pública de Jesús y es el inicio de una etapa nueva en su ministerio caracterizada por su esfuerzo por educar a sus discípulos. Durante un tiempo había estado proclamando el reino de Dios por las aldeas de Galilea y sanando enfermos; es natural que la gente, que lo pudo encontrar y le había escuchado, se fuera haciendo una idea de él. Jesús quiso conocer qué cosa se decía sobre él; pero, en vez de interrogar directamente a la gente, se lo preguntó a los discípulos: de esta forma, les señalaba una tarea; debían conocer lo que el pueblo pensaba sobre el maestro. Jesús se los lleva lejos de la gente y fuera de Galilea, para someterles a escrutinio; él, que nunca se había preocupado por la opinión de los demás, pregunta a los suyos. Unos recogen la opinión de los demás, y su desconcierto. Otro se atreve a proclamar la fe. No es lo peor que sólo uno osara a pronunciarse, pues acertó; lo malo fue que quien mejor confesó quién era Jesús, se escandalizaría después del modo cómo pensaba serlo.

No fue simple curiosidad lo que motivó a Jesús a conocer lo que sobre él se decía. Quiso, más bien, que sus discípulos se interesaran por saber las opiniones y las esperanzas que él estaba despertando entre cuantos lo conocían y conocer así el éxito de la misión. De sus discípulos no deseaba tan sólo que se interesaran en él, que le siguieran de cerca, que lo acompañaran siempre; los quería atentos a cuanto a su alrededor surgiera, sensibles a las expectativas que Jesús despertaba, haciéndoles así comprender que no eran ellos los únicos que habían puesto en él su esperanza, que no eran sólo ellos quienes lo querían y se interesaban en él. Cuanto más supieran lo que la gente pensaba sobre Jesús o qué es lo que de él esperaban, tanto mejor lo conocerían y más entusiasmados con él estarían.

Que Jesús sea para sus discípulos el maestro mejor y el único señor no debería hacerles olvidar que muchos otros lo estiman igualmente o incluso más: no es Cristo propiedad del cristiano ni son sólo discípulos suyos cuantos quedan de él prendados; cuando un auténtico discípulo se percata de cuántos quieren a su Señor - ¡y cuánto lo quieren! -, no le resulta difícil amarle más ni es penoso serle aún más fiel. Es significativo que Jesús, antes de preguntarles a sus discípulos por quién lo tenían ellos, les obligara a informarse sobre la opinión de los demás: un discípulo desinteresado en cuanto se diga de su maestro, un cristiano al que no le importa lo que se piensa de Cristo, es un discípulo que no sabrá dar razón de su fe y perderá pronto su esperanza.

Precisamente porque nosotros sí que sabemos quién es Cristo, nos debería preocupar más que no se le conozca aún bien o que se le esté ignorando. Nuestro mundo hoy está por olvidar, prácticamente, a Cristo, porque a sus discípulos nos les interesa mucho que se hable poco de él ni lo que sobre él se está opinando: Cristo ya no dice apenas nada, porque los cristianos nada preguntan sobre él y creen saberlo todo; dándole por conocido o conformándonos con que nos lo silencien, estamos aumentando el desinterés por su persona y dificultando su reconocimiento como Salvador.

Nuestra forma de vida, más que las palabras, tendría que cuestionar a cuantos conviven con nosotros: hoy, es verdad, hay que tener cierta valentía para presentarse como discípulo suyo ante los demás; pero no menos de la que se necesita para preguntarles por lo que Cristo significa para ellos. Quien ha tomado partido por Él, no puede aparentar neutralidad ante los demás; quien lo confiesa como maestro, busca para él nuevos discípulos; quien lo ama, desearía que su amor fuera mejor conocido y fuera por todos amado. Seríamos mejores discípulos de Jesús, si como los primeros un día, nos ocupáramos más en conocer la postura que nuestros contemporáneos toman con respecto a él y sus razones; ¡nos consolaría tanto comprobar que son aún muchos los que comparten con nosotros nuestra fe y la esperanza..!. Y, sin duda, nos dolería algo más que sigan siendo tantos los que poco o nada se preocupan por él. ¿Cómo podemos vivir los cristianos sin importarnos qué es lo que se dice sobre Cristo?

Y es que no nos debe bastar con saber nosotros quién es realmente Jesús: Pedro lo supo y, con envidiable arrojo, lo dijo públicamente. Pero su confesión no se salvó de la reprimenda de Jesús: y no es que estuviera mal informado; estaba en lo cierto al confesarlo como Cristo e hijo de Dios. Aun así, y para su sorpresa y nuestra advertencia, fue criticado con dureza por Jesús. Como buen creyente, Pedro creía saber quién era Jesús y cómo debía serlo; se imaginó que por tener una buena idea sobre su Señor, mejor que la de los demás, también conocía cómo tenía que comportarse Cristo. Como Pedro con su maestro, los cristianos que creen conocer bien a Dios se ilusionan en saber también qué es lo que pueden esperar de Él; son los buenos creyentes quienes tienden a malinterpretar a Dios: reconociéndole como Dios, se imaginan que debe serlo como ellos piensan; no son los ateos ni los agnósticos quienes se atreven a imaginar a Dios según sus preferencias: mal

pueden ilusionarse con Dios quienes viven sin interesarse por él; la tentación del que cree es creerse que conoce bien a su Dios y que sabe cuanto de Él puede esperar.

Es lo que pensaba Pedro, el primer discípulo que acertó a confesar su fe. Y es que no podía imaginarse, ni quiso aceptar, que Jesús tuviera que morir ejecutado en una cruz: semejante final no se correspondía con las ilusiones que había depositado en él; creyó que no debía permitirle a su Señor cumplir el plan de Dios. Nos resulta simpático este buen discípulo que intenta disuadir a su maestro y se lo lleva aparte para convencerlo más fácilmente. Y es que damos por buena su resistencia a dejar morir a Jesús y nos identificamos con su intento de disuasión: cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo aquel día... ¡ciertamente!, porque todos nosotros seguimos haciendo lo mismo todos los días. Creemos en Dios, es verdad; seguimos a Cristo, es cierto; pero nuestra fe, como la de Pedro, y nuestro seguimiento están subordinados a que no nos resulten demasiado extrañas sus exigencias, a que sean lógicas las condiciones; un Dios con pretensiones insoportables, un Cristo inaudito nos sacan fácilmente de nuestras casillas. Es posible, sería trágico, que después de seguir a Jesús tantos años y de creer en Dios toda la vida, nos encontremos un día con que, en realidad, ni conocemos a Cristo ni aceptamos los planes de Dios.

Deberíamos ser más conscientes de cuánto arriesgamos, cuando nos atrevemos a emendar la plana al mismo Dios en quien creemos: Pedro, el primer discípulo que confesó a su Señor, fue por él considerado como su peor enemigo, un buen diablo. Jamás llamó Jesús satán a ninguno de sus antagonistas, por acérrimos que fueran, ni siquiera a quien lo condenó a morir; digno de ese reproche fue el discípulo que mejor lo conocía y aquél que más le amó. No basta, pues, con creer en Dios, por más auténtica que sea nuestra fe, ni es suficiente confesarla públicamente de vez en cuando: los creyentes tenemos que aprender a respetar a Dios, aceptándole tal como es y como quiera ser con nosotros; los discípulos de Jesús han de renunciar a imaginarse a su Señor según sus apetencias o conforme a su lógica. La fe que Jesús espera de los suyos no termina con una pública afirmación de quién es para nosotros; no se trata sólo de decir cuánto representa para nosotros; la fe que espera Jesús de sus discípulos se da cuando le permitimos que sea para nosotros lo que él quiere ser y lo sea según él quiere.

Que no comprendamos nosotros, como Pedro camino de Jerusalén, que la meta de Jesús era la muerte en cruz, nos tiene que hacer entender que Dios no está a la altura de nuestros deseos; sólo quien acepte a Dios por lo que Él quiere ser para nosotros, lo conocerá de verdad, aunque no llegue nunca a comprenderlo; podrá tener una relación íntima y personal con su Señor, sólo quien le permita ser Señor de su vida. Quien deja que Dios sea, sólo pero totalmente, su Dios y hace a Cristo Jesús su único Señor no tardará en toparse con su propia cruz: no se consigue ser discípulo de Jesús sin seguirle de cerca; reniega de él quien se niegue a cargar con la cruz. Un día Pedro cayó en la cuenta de que estaba siguiendo a alguien que caminaba conscientemente a la muerte e intentó rebelarse. Jesús le advirtió que no es digno de él quien se opone al proyecto de Dios: evitar la cruz puede que nos salve, momentáneamente, la vida, pero nos condenará como cristianos indignos. Sólo Dios merece nuestras vidas y Cristo Jesús nuestras penas.

Todo discípulo tendrá un día que dar respuesta a la misma pregunta de su Señor. Más que alegrarnos por saber ya la auténtica respuesta, tendríamos que sopesar si estamos dispuestos a aceptar sus consecuencias: negarse a sí, cargar con la cruz propia, es la ocupación de quienes creen que Jesús es el Cristo. El ejemplo de Pedro es una advertencia grave: el primer creyente se convirtió, a renglón seguido, en un buen diablo..., porque no estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de su fe. No basta con acertar quién es Jesús, hay que asumir cómo quiere serlo. Sin olvidar que el destino de Jesús implica también el de sus discípulos.